

Paisaje muy «modernista», en el que lo mismo podría verse a un cacique antiguo como Cuaucmichín, que a una princesa melancólica en ritmo de sonatina, pese a que los bosques primitivos lancen su vasto aliento. Y lo mismo sucederá con los acontecimientos narrados. El cacique deja «los bosques de esmeralda», marcha a su palacio con sus guardias y siervos, y ya llega a ver el huipil de su «tierna hija» Otzotskij cuando, de pronto, «se oye un sordo rumor de voz profunda». ¿Qué pasa? Es el ruido del pueblo Pipil, con su jefe y sus guerreros. Y Tejik habla a Cuaucmichín: le acusa de usurpador y arenga a su gente, que le apedrea y despedaza. Acallado el estrépito, el pueblo ve pasar a un hombre «cantando en voz alta un canto mexicano». Le preguntan: «¿Tú cantas paz y trabajo?», y al responder él afirmativamente, «toma el palacio» —le dicen— y «dirige a los pipiles». Y así —concluye el poeta— empezó el reinado de Tutecotzimí.

La aventura por la «América ignota» ha terminado.

6. AGUILA Y CÓNDOR

Pero las tensiones del mundo hispanoamericano no se agotan con las que plantea en su interior la mezcla de las sangres y el choque de culturas, no asumidos del todo, en algunos casos, dentro del espíritu mestizo. Tales conflictos —no se olvide— proceden de la «vida temporal» y el tiempo mismo ha ido encargándose de dulcificarlos y ha logrado, a la altura de nuestro tiempo, reducirlos casi a la mínima expresión. Hay, en cambio, un proceso contrario, hasta cierto punto, a éste y que enfrenta, en inacabable y, desde luego, inacabado equilibrio inestable, a los continentes culturales en que se polariza la total extensión geográfica de América. Aludo, como nadie ignora, a la enfrentada presencia del mundo angloamericano y del mundo hispanoamericano. Aguila y cóndor frente a frente en los altos picachos de la individual y de la colectiva existencia humana en el nuevo mundo. ¿Cómo ve Rubén Darío este largo e intenso drama que protagoniza en América esas dos grandes aves de presa, esos dos gerifaltes en permanente acecho?

Tenemos, por de pronto, el famoso poema «A Roosevelt». Conviene recordarlo:

*Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.*

*Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis, se oye como el rugir del león.*

*Ya Hugo a Grant lo dijo: Las estrellas son vuestras,
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.*

*Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyolt,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo,
el Risflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!*

El azul celeste de Hispanoamérica estaba, en efecto, manchado por «un gran vuelo de cuervos». Ante tal amenaza, empero, se sentía ya «el gozo que enciende las entrañas del mundo» e iba a surgir el «Pegaso blanco» de los pueblos hispánicos, que debían sentir ya el vuelo del carro solar, del carro de Helios, en cuyo brillo los corazones humanos hallarían la esperanza, la unión del «alma-Quijote» con el «cuerpo-Sancho Panza» para volar a «la verdad del sueño»: la «realización invisible y suprema», es decir, la comunidad de los pueblos hispánicos. El advenimiento de ésta, la llegada del cóndor, es lo que canta la «Marcha triunfal»:

*los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triunfal de la Gloria;*

*dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la Victoria!*

No podía ser de otra manera. Quien era, como Rubén, «hijo de América» y «nieta de España», sabía bien que

*los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos
y en diferentes lenguas es la misma canción.*

Ideas oscuras entristecían las mentes con «brumas septentrionales», mientras rosas, palmas e ilusiones hispánicas iban agostándose.

*Nos predicán la guerra con águilas feroces,
gerifaltes de antaño revienen a los puños,
mas no brillan las glorias de las antiguas hoces,
ni hay Rodrigos ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.*

«Faltos de alientos», los poetas sólo podían buscar los lagos de los cisnes, las rosas en vez de los laureles, los halagos por falta de victorias:

*La América española como la España entera
fija está en el oriente de su fatal destino;
yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino.*

*¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
¿Callaremos ahora para llorar después?*

Preguntas, gritos lanzados a los cisnes, únicos fieles en el momento de la desilusión: «fuga de americanos potros» y «estertor postrero de un caduco león». Pero el cisne negro y el cisne blanco no faltaron a su fidelidad: «La noche anuncia el día», «la aurora es inmortal», y en las tierras de la armonía y el sol, la caja de Pandora guardaba aún la Esperanza.

Sin embargo, en 1906, y en Río de Janeiro, Rubén Darío escribe la «Salutación al águila», incorporada después a su libro *El canto errante*, impreso en Madrid al año siguiente. Y en ese poema, la consideración de Estados Unidos parece totalmente contraria a la que habían reflejado los versos dedicados a Teodoro Roosevelt.

*Bien vengas, mágica Aguila de alas enormes y fuertes,
a extender sobre el Sur tu gran sombra continental,
a traer en tus garras, anilladas de rojos brillantes,
una palma de gloria, del color de la inmensa esperanza,
y en tu pico la oliva de una vasta y fecunda paz.*

El comienzo no puede ser, como se ve, más sorprendente. Pero aún hay más y más graves motivos de asombro. El poeta, en efecto, explica que la guerra movida por el águila ha sido necesaria

*para que en ella brote la concreción de oro de la espiga
y tenga el hombre el pan con que mueve su sangre.*

Hay profetas ilusos que sueñan una paz no humana, pues la actividad del hombre hace necesaria la lucha. Y —atónito lo leo— «es coincidencia la historia».

Nuestro destino supremo

*está más allá del rumbo que marcan fugaces las épocas,
y Palenque y la Atlántida no son más que momentos soberbios
con que puntúa Dios los versos de su augusto Poema.*

*Muy bien llegada seas a la tierra pujante y ubérrima,
sobre la cual la Cruz del Sur está, que miró Dante
cuando, siendo Mestías, impulsó en su intuición sus bajales,
que antes que los del sumo Cristóbal supieron nuestro cielo.*

*Epluribus unum! ¡Gloria, victoria, trabajo!
Tráenos los secretos de las labores del Norte,
y que los hijos nuestros dejen de ser los rétores latinos,
y aprendan de los yanquis la constancia, el vigor, el carácter.*

*¡Dinos, Aguila ilustre, la manera de hacer multitudes
que hagan Grecias y Romas con el jugo del mundo presente,
y que, potentes y sobrias, extiendan su luz y su imperio,
y que teniendo el Aguila y el Bisonte y el Hierro y el Oro,
tengan un áureo día para darle las gracias a Dios!*

*Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.
Los Andes le conocen, y saben que cual tú, mira al sol.
May this grand Union have no end!, dice el poeta.
Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y esfuerzo.*

*Aguila, que conoces desde Jove hasta Zarathustra
y que tienes en los Estados Unidos tu asiento,
que sea tu venida fecunda para estas naciones
que el pabellón admiran constelado de bandas y estrellas.*

*¡Aguila, que estuviste en las horas sublimes de Patmos,
Aguila prodigiosa, que te nutres de luz y de azul,
como una Cruz viviente, vuela sobre estas naciones,
y comunica al globo la victoria feliz del futuro!*

¿Qué más, en fin?

*¡Que la Latina América reciba tu mágica influencia
y que renazca nuevo Olimpo, lleno de dioses y de héroes!*

Por si todo lo transcrito hasta ahora fuese poco, cuatro años después, cuando Rubén Darío escribe, en 1910, su «Canto a la Argentina», repetirá sorprendentemente ideas iguales o semejantes:

*¡Gloria a América prepotente!
Su alto destino se siente
por la continental balanza
que tiene por fiel el istmo:
los dos platos del continente
ponen su caudal de esperanza
ante el gran Dios sobre el abismo.
¿Y por quién, sino por tu gloria,
oh Libertad, tanto prodigio?
Aguila, Sol y Gorro Frigio
llenan la americana historia.
Y en lo infinito ha resonado
júbilo de la Humanidad,
repetido el grito sagrado:
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
Antes que Ceres, fue Mavorte
el triunfador continental.
Sangre bebió el suelo del Norte
como el suelo Meridional.
Tal a los siglos fue preciso
para ir hacia lo venidero,
para hacer, si no el paraíso,
la casa feliz del obrero
en la plenitud ciudadana,
vínculo íntimo eslabona
e ímpetu exterior hermana
a la raza anglo-sajona
con la latino-americana.*

En un caso y otro, Rubén Darío parece estar vislumbrando la «raza cósmica» que años después definiría el maestro José Vasconcelos. Así lo autorizan estos versos del mismo «Canto a la Argentina»:

*Proles múltiples, muchedumbres,
tupidas colmenas de hombres,
transformadoras de costumbres,*

*con nuevos valores y nombres,
en vosotras está la suma
de fuerza en que América finca.*

Pero se produce, pese a todo, una clara contradicción entre el pensamiento expresado en el poema a Roosevelt y el que desarrollan la «Salutación al águila» y los versos copiados del «Canto a la Argentina». ¿Cómo deshacer tal oposición? Para tratar de resolverla, recuérdese, en primer término, que Rubén Darío había sentado clara y enérgicamente esta indiscutible afirmación: «Si hay un alma sincera, ésa es la mía». Si esto es verdad, y sí lo es, ¿cómo compaginar el poema «A Roosevelt» con la «Salutación al águila» y con esas estrofas del «Canto a la Argentina»? Antes de intentar una respuesta, otro recuerdo previo parece necesario. En la «Introducción» a su libro *Epístolas y poemas (Primeras notas)*, publicado en Managua en 1885, el poeta había escrito:

*¡siento
que hay algo en mi corazón!*

Por eso, agregó en el poema dedicado a Ricardo Contreras,

*en el poético arte,
¿cómo extrañar, señor, que me desboque?*

No una, sino mil veces habíase desbocado Rubén Darío. Pero, además de desbocarse, el poeta explica estos sus desbordamientos y aclara, precisamente a la señora de Lugones, su exabrupto panamericanista:

*Yo pan-americanicé
con un vago temor y con muy poca fe,
en la tierra de los diamantes y la dicha
tropical.*

Era el momento de la Conferencia panamericana de Río de Janeiro; el maestro Rubén era ya diplomático, y la «Salutación al águila» es —como ha escrito Antonio Oliver— «un poema de diplomático», pues su autor estaba en Río en calidad de tal, como miembro de la Delegación de su país. Influyó, pues, sobre él el ambiente continental que se respiraba en la capital brasileña durante aquellos días. Por otra parte, en su poético espíritu bohemio y errante debieron de causar profunda impresión el sentido pragmático y los ordenados y racionales métodos de trabajo de sus colegas estadounidenses. Así, su visión neoyorquina de 1893, cuando llamó a Nueva York «la sanguínea, la cicló-